

Salvador Santiuste Cué

IN MEMORIAM



Ilustración: Diego Rambova.

El pasado 1 de septiembre de 2013 falleció en Madrid el sociólogo Salvador Santiuste Cué. Quienes hemos tenido el privilegio de disfrutarle como profesor, colega o compañero no podemos sino lamentar la enorme pérdida que supone su deceso para la Universidad de Salamanca. Irremediablemente, en su ausencia, se hace necesario pensar y analizar la influencia que ejerció en su quehacer dentro de la institución: una huella en el modo de entender y en el modo de hacer ciencias sociales. Nos deja un profesional humilde que ejerció con cuidado y detalle la tarea científica y docente, siendo una figura esencial en nuestra formación.

Salvador, natural de Santoña (Cantabria), se licenció en Sociología en la Universidad de Salamanca en 1996. Prosiguió su carrera investigadora en FLACSO México (1997-2000), donde se doctoró en Ciencias Sociales con una tesis sobre la evolución del Sandinismo posrevolucionario en la década de los noventa. En 2004, también defendió su trabajo doctoral en el área de Ciencia Política de la Universidad de Salamanca dirigido por Manuel Alcántara. En esta misma Universidad, alternando estancias de investigación en instituciones como Georgetown o la Universidad de Nueva York, desarrolló una destacable labor en el estudio de la organización de los partidos, las preferencias políticas o la opinión pública. Su visión crítica y su compromiso con la organización universitaria condujo a Salva, de la mano de su compañero Jesús Rivera, a presentar una ambiciosa candidatura para la dirección del Departamento de Sociología y Comunicación. Desde mayo de 2012, como subdirector de dicho departamento, luchó por intentar implementar los cambios necesarios para ir construyendo una Universidad más transparente y meritocrática.

Decía Max Weber en *La ciencia como vocación* que todo joven que se crea llamado a la profesión académica debe tener conciencia clara de que la tarea que le aguarda tiene una doble vertiente: *No le bastará con estar cualificado como sabio, sino que ha de estarlo también como profesor*. Esas dos cualidades no se implican recíprocamente: Una persona puede ser un sabio excepcional y al mismo tiempo un profesor desastroso. Salvador era un profesor excepcional y lo que sabía, que no era poco, lo comunicaba magistralmente. Si por algo podemos recordar a Salvador los que

fuimos alumnos suyos es por su enorme vocación docente. Docente en un sentido amplio, abarcando todas y cada una de las dimensiones del proceso formativo en la Universidad.

Representó para muchos de nosotros la figura del maestro. Pese a desarrollarse en un contexto de fuerte presión por el productivismo académico, Salva nunca olvidó la didáctica, volcado con pulcritud y detalle en la docencia de sus asignaturas. Como profesor de materias como Sociología Política, Estadística Aplicada a las Ciencias Sociales o Estructura y Cambio Social, en sus clases supo transmitir admiración por la Sociología, entusiasmo por la investigación. Su muletilla “¿se entiende?” refleja a la perfección cómo en todo momento intentaba que todo quedara claro y nadie saliera del aula con dudas. Pero también, muy especialmente, la necesidad de una aproximación metódica y rigurosa a la realidad social, ese trabajo minucioso: esa preparación detallista y ese interés por ligar teoría y datos. Esos micromecanismos a los que él aludía en su intento de que llegáramos a un trabajo empírico serio. Cuando pensamos en la consideración hacia los sociólogos egresados en Salamanca, marcada por la especial atención y cuidado por la metodología, no se puede olvidar la perspectiva que con su labor constante supo ofrecer a sus alumnos desde 2002.

Aunque en principio aparecía como una persona distante en sus clases, usando la tarima al estilo Unamuno, no era sino su forma de entender el rol de profesor. Todos sabemos que no era más que una pared ficticia que se caía en el trato cercano y sin una tarima o una mesa de por medio. En realidad, su despacho siempre aparecía abierto, se implicaba mucho en las trayectorias personales y constantemente estaba dispuesto a dar consejo a sus alumnos –nuevos y antiguos– sobre el presente y el futuro.

Hoy día en la Universidad española la valoración de la carrera académica de un profesor lo que prima son elementos básicamente cuantitativos dictados por pasajeras agencias que evalúan y acreditan. Que evalúan el número de asignaturas, que evalúan el número de investigaciones, que evalúan el número de publicaciones, etc. y que finalmente acreditan que sí, que es un buen profesor. Pero Salva, más allá de todos esos criterios cuantitativos con los que se le pueda valorar, lo que nos deja es una huella mucho más intangible y difícilmente cuantificable.

Los firmantes de este texto tuvimos diferentes grados de relación con él (ha sido profesor, mentor, consejero, compañero, etc.) pero nos gustaría recalcar, además de lo académico, la parte más humana de Salva. Desde esta publicación no podemos dejar de recordar el momento en que le presentamos en su despacho nuestro proyecto de hacer una revista académica enfocada a jóvenes investigadores. Enseguida nos dio su apoyo y sus consejos, y desde su nacimiento fue asesor de *Encrucijadas*, donde siempre nos guió por hacer una publicación con rigor científico y metodológico. Nos dimos cuenta, y tiempo más tarde él mismo se lo confesó a uno de nosotros, que Salva sospechaba que haríamos una revista estudiantil más, por lo que fue especial recibir sus felicitaciones tras la edición de los primeros números. Desde *Encrucijadas* hemos querido homenajearle humildemente publicando a continuación uno de sus últimos trabajos hasta ahora inédito: “Desconocimiento político a nivel subnacional: el paradigmático caso de Castilla y León”.

Salva nos deja prematuramente, con la discreción que lo caracterizó, pero con la seguridad y convicción de haber marcado a toda una generación de jóvenes sociólogos.

Equipo Editorial y Consejo de Redacción de *Encrucijadas*

Salamanca, 6 de noviembre de 2013.